

PENSAMIENTOS EN LA ÚLTIMA BATALLA

Volumen 1 – Sermón No. 23

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL SÁBADO 13 DE MAYO DE 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND**

“Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Más gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.
1Corintios 15:56-57

Mientras que la Biblia es uno de los libros más poéticos y aunque su lenguaje es indescriptiblemente sublime, debemos señalar cuán constantemente es fiel a la naturaleza. No hay un hecho forzado, no se pasa por alto una verdad. Sin embargo, el tema puede ser oscuro, mientras lo ilumina con brillo, pero no niega la penumbra relacionada con él. Si lees este capítulo de la Epístola de Pablo, tan justamente celebrado como una obra maestra del lenguaje, lo encontrarás hablando de lo que vendrá después de la muerte con tal exaltación y gloria que sientes: "Si esto es morir, entonces es bueno partir de inmediato".

Quién no se ha regocijado y cuyo corazón no ha sido levantado, o lleno de fuego sagrado, mientras que él ha leído frases como estas: "En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: "Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?".

Sin embargo, con todo ese lenguaje majestuoso, con todo ese audaz vuelo de elocuencia, no niega que la muerte sea algo sombrío. Incluso sus propias figuras lo implican. Él no se ríe de eso, no dice: "Oh, no es nada morir". Describe la muerte como un monstruo, dice que tiene un aguijón. Nos dice en qué consiste la fuerza de ese aguijón e incluso en la exclamación de triunfo imputa esa victoria no a la carne sin ayuda, sino que dice: "Gracias a Dios que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo".

Cuando selecciono un texto como este, siento que no puedo predicar de él. El pensamiento me domina, mis palabras se tambalean: no hay expresiones que sean lo suficientemente grandes como para transmitir el poderoso significado de este maravilloso texto. Si tuviera la elocuencia de todos los hombres unidos en uno, si pudiera hablar como nunca habló el hombre (con la excepción de ese hombre divino de Nazaret), no podría abarcar un tema tan vasto como este. Por lo tanto, no pretendo hacerlo, sino ofrecerle los pensamientos que mi mente es capaz de producir.

Esta noche hablaremos de tres cosas: Primero, el aguijón de la muerte. En segundo lugar, la fuerza del pecado. Y, en tercer lugar, la victoria de la fe.

1. Primero, EL AGUIJÓN DE LA MUERTE. El Apóstol se imagina la muerte como un terrible dragón o monstruo, que, viniendo sobre todos los hombres, debe ser combatido por cada uno. No nos da ninguna esperanza de que ninguno de nosotros pueda evitarla, nos cuenta que no hay puente sobre el río Muerte. No nos da la más mínima esperanza de que sea posible salir de este estado de existencia a otro sin morir. Describe al monstruo como exactamente en nuestro camino y con él debemos luchar, cada hombre personalmente, por separado y solo, cada hombre debe morir.

Todos debemos cruzar el negro arroyo, cada uno de nosotros debe pasar por la puerta de hierro. No hay paso de este mundo a otro sin muerte. Habiéndonos dicho, entonces, que no hay esperanza de fugarnos, prepara nuestros nervios para el combate, pero no nos da ninguna esperanza de que podamos matar al monstruo. Él no nos dice que podemos clavar nuestra espada en su corazón y así derribar y aplastar a la muerte. Pero señalando al dragón, pareció decir: "No puedes matarlo, hombre, no hay esperanza de que puedas poner tu pie sobre su cuello y aplastarle la cabeza, pero se puede hacer una cosa: tiene un aguijón que puedes extraer".

"No puedes aplastar la muerte bajo los pies, pero puedes sacar el aguijón que es mortal. Y entonces no tienes que temer al monstruo, porque ya no será un monstruo, sino que será un ángel de alas rápidas que te llevará al cielo". ¿Dónde, entonces, está el aguijón de este dragón? ¿Dónde debo atacar? ¿Cuál es el aguijón? El Apóstol nos dice que "el aguijón de la muerte es el pecado". Una vez que me dejen cortar eso, aunque la muerte puede ser triste y solemne, no la temeré. Pero sosteniendo el aguijón del monstruo, exclamaré: "Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh sepulcro, ¿dónde está tu victoria?" Ahora, reflexionemos sobre el hecho de que "el aguijón de la muerte es el pecado".

Primero, el pecado pone un aguijón en la muerte por el hecho de que el pecado trajo la muerte al mundo. Los hombres podrían estar más contentos de morir si no supieran que es un castigo. Supongo que, si nunca hubiéramos pecado, habría habido algún medio para que fuéramos de este mundo a otro. No se puede suponer que hubiera existido una población tan grande que todas las miríadas que han vivido desde Adán hasta ahora podrían haber habitado un globo tan pequeño como este. No habría habido suficiente espacio para ellos. Pero podría haber sido proporcionado algún medio para sacarnos cuando llegue el momento adecuado y llevarnos con seguridad al Cielo.

Dios podría haber provisto caballos y carros de fuego para cada uno de Sus Elías, o como se dijo de Enoc, así podría haber sido declarado de cada uno de nosotros: "Desapareció, porque Dios lo ha tomado". Así moriría, si podemos llamarlo muerte. Apartarse de este cuerpo y estar con Dios no habría sido una desgracia. De hecho, habría sido el más alto honor, encajar con la aspiración más elevada del alma, vivir rápidamente su poco tiempo en este mundo, luego ascender y estar con su Dios. Y en las oraciones del hombre más piadoso y devoto, una de sus peticiones más sublimes sería: "Oh Dios, apresura el tiempo de mi partida, cuando estaré contigo". Cuando tales seres sin pecado pensarán en su partida, no temblarían, porque la puerta sería de marfil y perla, no como ahora, de hierro, la corriente sería como néctar, muy diferente de la actual "amargura de la muerte".

Pero, ¡ay, qué diferente! La muerte es ahora el castigo del pecado. "El día que de él comieres, ciertamente morirás". "En Adán todos mueren". Por su pecado, cada uno de nosotros queda sujeto a la pena de muerte y, por lo tanto, al ser un castigo, la muerte tiene su aguijón. Para el mejor hombre, el cristiano más sagrado, el intelecto más santificado, el alma que tiene la comunión más cercana y querida con Dios, la muerte debe parecer un aguijón, porque el pecado era su madre.

¡Oh descendiente fatal del pecado, solo te temo por tu parentesco! Si vinieras a mí como un honor, podría atravesar el Jordán incluso ahora y cuando sus olas heladas me rodearan, sonreiría en medio de sus oleadas. Y en las olas del Jordán, mi canción también debería crecer, y la música líquida de mi voz debería unirse con las crecidas líquidas de las inundaciones: "¡Aleluya! Es una bendición cruzar a la tierra de los glorificados". Esta es una de las razones por las cuales el aguijón de la muerte es el pecado.

Pero debo tomarlo en otro sentido. "El aguijón de la muerte es el pecado", es decir, lo que hará que la muerte sea más terrible para el hombre será el pecado, si no es perdonado. Si ese no es el significado exacto del Apóstol, aun así, es una gran Verdad y puedo encontrarla aquí.

Si el pecado pesara sobre mí y no fuera perdonado, si mis transgresiones no fueran perdonadas, si tal fuera el hecho (aunque me alegro de saber que no es así), sería el aguijón de la muerte para mí. Consideremos a un hombre muriendo y mirando hacia atrás en su vida pasada: encontrará en la muerte un aguijón y ese aguijón será su pecado pasado.

Imagina el lecho de muerte de un conquistador. Ha sido un hombre de sangre desde su juventud. Criado en el campamento, sus labios se fijaron temprano en la corneta y su mano, incluso en la infancia, golpeó el tambor. Tenía un espíritu marcial. Se deleitaba en la fama y los aplausos de los hombres. Amaba el polvo de la batalla y la ropa envuelta en sangre. Ha vivido una vida de lo que los hombres llaman gloria. Ha asaltado ciudades, conquistado países, devastado continentes, ha invadido el mundo. Vea sus quemadores colgando en el pasillo y las marcas de gloria en su escudo. Es uno de los guerreros más orgullosos de la tierra.

Pero ahora viene a morir. Y cuando se acueste para expirar, ¿qué investirá su muerte con horror? Será su pecado. Creo que veo morir al monarca, él miente en el estado. A su alrededor están sus nobles y sus consejeros, pero hay alguien más allí. Firme a su lado hay un espíritu del Hades. Es el alma de una mujer difunta. Ella lo mira y dice: "¡Monstruo! Mi esposo fue asesinado en batalla por su ambición, yo quedé viuda y mi huérfano indefenso y yo quedamos muertos de hambre". Y ella pasa. Su marido llega y abriendo de par en par sus sangrientas heridas, grita: "Una vez le llamé monarca, pero por su vil codicia, provocó una guerra injusta. Mire aquí estas heridas: las gané en el asedio. Por tu bien, monté primero la escalera de sellado. Este pie se paró sobre la parte superior de la pared y agité mi espada en señal de triunfo. Pero en el infierno levanté mis ojos atormentados. ¡Miserable! ¡Tu ambición me llevó allí!".

Girando sus horribles ojos hacia él, pasa. Luego aparece otro y otro y otro más, despertando de sus tumbas, acechan alrededor de su cama y lo persiguen. La triste procesión sigue marchando, mirando al tirano moribundo. Cierra los ojos, pero siente la mano fría y huesuda sobre su frente. Se estremece porque el aguijón de la muerte está en su corazón.

"¡Oh, muerte!", Dice él, "para abandonar esta gran propiedad, este poderoso reino, esta pompa y poder, esto era algo, pero para encontrarse cara a cara con esos hombres, esas mujeres y esos niños huérfanos, escucharlos decir: "¿Te has convertido en uno de nosotros?". Mientras los reyes a los que he destronado y los monarcas a los que he derribado sacudirán sus cadenas en mis oídos y dirán: "Tú fuiste nuestro destructor, pero ¿cómo has caído del cielo, oh Lucifer? ¡Hijo de la mañana! ¡Cómo eres derribado en un momento de tu gloria y tu orgullo!".

Ahí ves que el aguijón de la muerte sería el pecado del hombre. No le dolería que tuviera que morir, sino que había pecado, había sido un hombre sangriento, tenía las manos enrojecidas por el asesinato al por mayor, lo que realmente lo acosaría, porque "el aguijón de la muerte es el pecado".

O supongamos otro personaje: un ministro. Se ha presentado ante el mundo proclamando algo que llamó el Evangelio. Ha sido un predicador notable: la multitud ha estado colgando de sus labios, han escuchado sus palabras. Ante su elocuencia, una nación quedó asombrada y miles temblaron ante su voz, pero su predicación ha terminado. El tiempo en que puede subir al púlpito se ha terminado. Otro lugar de pie lo espera, otra congregación, y debe escuchar a otro y mejor predicador que él. Ahí yace. Ha sido infiel a su cargo. Predicó filosofía para encantar a su gente, en lugar de predicar la Verdad y apuntar a sus corazones.

Y mientras jadea sobre su cama, el peor y más maldito de los hombres, seguro que ninguno puede ser peor que él, sale uno, un alma del pozo y mirándolo a la cara, dice: "Vine a ti una vez temblando a causa del pecado, te pregunté el camino al cielo y dijiste: "Haz tales y tales obras buenas", ¡y las hice y estoy condenado! Me dijiste una mentira, no declaraste claramente la palabra de Dios". Él desaparece solo para ser seguido por otro. Él ha sido un personaje irreligioso y cuando ve al ministro en su lecho de muerte, dice: "Ah, ¿y estás aquí? Una vez entré en tu casa de oración, pero tuviste un sermón que no pude entender. Escuché. Quería escuchar algo de tus labios, alguna verdad que pudiera quemar mi alma y hacerme arrepentir, pero no sabía lo que dijiste y aquí estoy".

El fantasma golpea con el pie y el hombre tiembla como una hoja de álamo, porque sabe que todo es cierto. Entonces, toda la congregación se levanta ante él y, mientras yace en su cama, mira al variopinto grupo. Contempla las cabezas nevadas de los viejos y los ojos brillantes de los jóvenes. Y acostado sobre su almohada, se imagina todos los pecados de su vida pasada y escucha que dice: "¡Ve! Infiel a tu cargo, no te despojaste de tu amor por la pompa y la dignidad. No hablaste.

***"Como si nunca pudieras volver a hablar,
Un hombre moribundo para hombres moribundos".***

Oh, puede ser algo para ese ministro dejar su cargo, en cierto modo cuando muera. Pero lo peor de todo, el aguijón de la muerte será su pecado, escuchar a su parroquia venir al Infierno aullando después de él, ver a su congregación detrás de él en una manada mezclada. Los llevó por mal camino. Era un falso profeta en lugar de uno verdadero, hablaba paz, paz, donde no había paz, los engañaba con mentiras, los encantaba con música, cuando debería haberles dicho con acentos ásperos y fuertes la Palabra de Dios.

Ciertamente es verdad, que el aguijón de la muerte para un hombre así será su gran, enorme y atroz pecado de haber engañado a otros.

Entonces, después de haber pintado dos cuadros completos, podría darle a cada uno de ustedes miniaturas de ustedes mismos. Me imagino, oh borracho, cuándo se agotan las copas y cuándo el licor ya no será dulce a tu gusto, cuando peor que la hiel sean los manjares que bebas, cuando dentro de una hora los gusanos hagan un carnaval sobre tu carne. Podría imaginarte mientras miras hacia atrás en tu vida malgastada. Y tú, oh, malhablado, creo que te veo allí con tus juramentos resonando en tu memoria para tu propia consternación.

Y tú, hombre de lujuria y maldad, tú que has corrompido y seducido a otros. Te veo allí y el aguijón de la muerte para ti, ¡qué horrible!, ¡qué terrible! No será que estés gimiendo de dolor, no será que estés atormentado por la agonía, no será que tu corazón y tu carne fallen, pero el aguijón, el aguijón será tu pecado. ¿Cuántos en este lugar pueden deletrear esa palabra "remordimiento"? Ruego que nunca sepas su horrible significado. ¡Remordimiento, remordimiento! Sabes su derivación, significa morder. Ah, ahora bailamos con nuestros pecados, es una vida feliz con nosotros, tomamos sus manos y nos divertimos bajo el sol del mediodía, bailamos, bailamos y vivimos con alegría.

Pero entonces esos pecados nos morderán. Los leones jóvenes que hemos acariciado y con los que hemos jugado morderán. La joven víbora, la serpiente cuyos tonos azules nos han deleitado, morderá, picará cuando el remordimiento se apodere de nuestras almas. Podría, pero no te diré, algunas historias del terrible poder del remordimiento: es la primera punzada del infierno, es la antesala del pozo. Tener remordimiento es sentir las chispas que arden hacia arriba desde el fuego de la Gehena sin fondo. Sentir remordimiento es tener un tormento eterno comenzado dentro del alma. El aguijón de la muerte será un pecado sin perdón ni arrepentimiento.

Pero si el pecado en retrospectiva es el aguijón de la muerte, ¿qué debe ser el pecado en perspectiva? Amigos míos, no miramos con suficiente frecuencia qué es el pecado. Veamos de qué se trata: primero la semilla, luego la hierba, luego la espiga y luego el grano lleno en la espiga. Es el deseo, la imaginación, las ansias, la vista, el gusto, el hecho. Pero, ¿qué es el pecado en su próximo desarrollo? Hemos observado el pecado a medida que crece. Lo hemos visto al principio como una cosa muy pequeña, pero expandiéndose hasta convertirse en una montaña. Lo hemos visto como "una pequeña nube, del tamaño de la mano de un hombre", pero lo hemos visto reunirse hasta cubrir los cielos de negrura y arrojar gotas de lluvia amarga.

Pero, ¿cómo está el pecado en la siguiente etapa? Hemos llegado tan lejos, pero el pecado es algo que no puede detenerse. Hemos visto dónde ha crecido, pero ¿dónde crecerá? Porque no está maduro cuando morimos, éste ha ido avanzando. Está listo, pero tiene que desarrollarse para siempre. En el momento en que morimos, la voz de la justicia grita: "Sella la fuente de sangre, detén la corriente del perdón. El que es santo, que sea santo todavía. El que es inmundo, déjalo que sea inmundo todavía". Y después de eso, el hombre continúa haciéndose más y más sucio aún. Su lujuria se desarrolla sola, su vicio aumenta. Todas esas pasiones malvadas arden con diez veces más furia y, en compañía de otros como él, sin las restricciones de la gracia, sin la Palabra predicada, el hombre empeora cada vez más.

¿Y quién puede decir dónde puede crecer su pecado? A veces he comparado la hora de nuestra muerte con esa imagen célebre que creo que has visto en la Galería Nacional: Perseo sosteniendo la cabeza de Medusa. Esa cabeza convirtió en piedra a todas las personas que la miraban. Allí hay un guerrero con un dardo en la mano: está rígido, convertido en piedra, con la jabalina incluso en el puño. Hay otro con un cuchillo debajo de su túnica a punto de apuñalar. Ahora es la estatua de un asesino, inmóvil y frío. Otro se arrastra sigilosamente, como un hombre en una emboscada y allí está parado como una roca consolidada, solo ha mirado esa cabeza y está congelado en piedra.

Bueno, tal es la muerte. Lo que soy cuando la muerte se presente ante mí, eso debo ser para siempre. Cuando mi espíritu se vaya, si Dios me encuentra cantando Su alabanza, lo haré en el cielo. Si Él me encuentra respirando juramentos, seguiré esos juramentos en el Infierno. Donde la muerte me deja, el juicio me encuentra. Cuando muera, entonces viviré eternamente.

***"No hay actos de perdón aprobados
En la fría tumba a la que nos apresuramos".***

¡Es para siempre para siempre, para siempre! Ah, hay un grupo de herejes en estos días que hablan de castigos cortos y predicán acerca de que Dios transporta almas por un período de años y luego las aniquila. Me pregunto, ¿Dónde aprendieron esos hombres su doctrina?

Leí en la Palabra de Dios que el ángel plantará un pie sobre la tierra y el otro sobre el mar y jurará por Aquel que vive y murió, que el tiempo ya no será más. Pero si un alma pudiera morir en mil años, moriría en tiempo. Si pudiera transcurrir un millón de años y luego el alma pudiera extinguirse, habría tal cosa como el tiempo. Háblame de años y hay tiempo. Pero, señores, cuando ese ángel haya pronunciado la palabra: "El tiempo ya no será", las cosas serán eternas. El espíritu procederá en su incesante revolución de riqueza o aflicción, que nunca se detendrá, ya que no hay tiempo para detenerlo. El hecho de que se detenga implicaría tiempo, pero todo será eterno, porque el tiempo dejará de ser.

Te conviene, entonces, considerar dónde estás y qué eres. Oh, párate y tiembla en la angosta franja de tierra entre dos mares sin límites, porque solo Dios en el Cielo puede decir qué tan pronto puedes ser lanzado al futuro eterno. ¡Que Dios conceda que cuando llegue esa última hora, estemos preparados para ello! Al igual que el ladrón, sin ser escuchado, sin ser visto, roba a través de la sombra oscura de la noche. Quizás, mientras estoy aquí y hablo con rudeza de estas cosas oscuras y ocultas, de repente se estire la mano y se enmudezca la boca que cecea con la vacilante tensión. Oh, Tú que moras en el cielo, ¡Tu poder supremo!, Rey eterno, no dejes que esa hora se presente a mí en una temporada mal gastada, sino que me encuentre envuelto en meditación, cantando a mi gran Creador.

Entonces, en el último momento de mi vida, me apresuraré más allá del azul, para bañar las alas de este mi espíritu en su elemento nativo y luego moraré contigo para siempre:

***“Lejos de un mundo de pena y pecado,
Con Dios eternamente morando”.***

II. "LA FUERZA DEL PECADO es la Ley". He intentado mostrar cómo luchar contra este monstruo, es mediante la extracción, pero me esforzaré por eliminarlo. Lo intento, pero el monstruo se me ríe en la cara y grita: "La fuerza del pecado es la Ley. Antes de que puedas destruir el pecado, debes de alguna manera cumplir la Ley. El pecado no puede ser eliminado por tus lágrimas o por tus actos, porque la Ley es su fuerza y hasta que hayas satisfecho la venganza de la Ley, hasta que hayas pagado lo máximo de sus demandas, mi aguijón no puede ser quitado, porque la fuerza misma del pecado es la Ley".

Ahora, debo tratar de explicar esta doctrina, que la fuerza del pecado es la Ley. La mayoría de los hombres piensan que el pecado no tiene fuerza alguna. "Oh", dicen muchos, "puede que hayamos pecado mucho, pero nos arrepentiremos y estaremos mejor por el resto de nuestras vidas. Sin duda, Dios es misericordioso y nos perdonará". Y escuchamos que muchos teólogos a menudo hablan del pecado como si fuera algo muy venial. Pregúnteles qué debe hacer un hombre: no se requiere un arrepentimiento profundo, ninguna obra interior real de la gracia divina, no se arroja sobre la sangre de Cristo. Nunca nos dicen que se haya realizado una expiación completa.

Tienen, de hecho, una idea sombría de la expiación, que Cristo murió solo como una forma de satisfacer la justicia, pero en cuanto a que alguien libremente nos quita nuestros pecados y sufre la pena verdaderamente por nosotros, no consideran que la Ley de Dios requiera cualquiera de estas cosas. Supongo que no, porque nunca los escucho afirmar la satisfacción positiva y la sustitución de nuestro Señor Jesucristo. Pero, sin eso, ¿cómo podemos quitar la fuerza del pecado?

La fuerza del pecado está en la Ley, primero, a este respecto, que, siendo la Ley espiritual, es bastante imposible para nosotros vivir sin pecado. Si la Ley fuera meramente carnal y se refiriera a la carne, si simplemente se relacionara con acciones abiertas y evidentes, me pregunto incluso entonces, si podríamos vivir sin pecado. Pero, cuando vuelvo a los Diez Mandamientos y leo, "no codiciarás", sé que se refiere incluso al deseo de mi corazón. Se dice: "No cometerás adulterio", pero también se dice que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido ese pecado. De modo que no es meramente el acto, es el pensamiento, no es el hecho simplemente, es la imaginación misma, lo que es un pecado.

Oh, ahora, pecador, ¿cómo puedes deshacerte del pecado? Tus propios pensamientos, el funcionamiento interno de tu mente, estos son crímenes, esto es culpa y maldad desesperada. ¿No hay, ahora, fuerza en el pecado? ¿No le ha puesto la ley una potencia? ¿No se ha reforzado el pecado con tal poder que todas tus fuerzas no pueden esperar borrar la negra enormidad de tu transgresión?

Entonces, una vez más, la Ley pone fuerza en el pecado a este respecto, que no disminuirá ni un ápice de sus severas demandas. Le dice a cada hombre que la rompe: "No te perdonaré". Escuchas a las personas hablar sobre la misericordia de Dios. Ahora, si no creen en el Evangelio, deben estar bajo la Ley, pero ¿en qué parte de la Ley leemos acerca de la misericordia? Si va a leer los mandamientos, hay una maldición después de ellos, pero no hay disposiciones para el perdón, la Ley misma no habla de eso. Truenan, sin la más mínima mitigación, "el alma que pecare, esa morirá". Si alguno de ustedes desea ser salvo por las obras, recuerde, un pecado arruinará su justicia. Una mota de la escoria de esta tierra arruinará la belleza de esa justicia perfecta que Dios requiere de tus manos.

Si fueran salvos por obras, hermanos y hermanas, deben ser tan santos como los ángeles, deben ser tan puros e inmaculados como Jesús, porque la ley requiere perfección y nada menos que eso. Y Dios con una venganza inquebrantable herirá a todo hombre que no pueda brindarle una obediencia perfecta. Si no puedo, cuando vengo ante Su Trono, declarar una justicia perfecta como mía, Dios dirá, "No has cumplido las exigencias de Mi Ley. ¡Vete, maldito! Has pecado y debes morir".

"Ah", dice uno, "¿podemos tener una justicia perfecta, entonces?" Sí, te lo diré en el tercer punto. Gracias a Cristo, que nos da la victoria a través de Su sangre y de Su justicia, que nos adorna como a una novia con sus joyas, como un esposo arregla la suya con adornos.

Una vez más, la Ley da fuerza al pecado por el hecho de que por cada transgresión exigirá un castigo. La Ley nunca perdona un poco de deuda, dice: "Pecado, castigo". Están atados con cadenas inquebrantables, están atados y no se pueden cortar. La ley no habla de pecado y misericordia, la misericordia viene en el Evangelio. La ley dice: "Pecado-muerte, Transgresión-castigo, Pecado-Infierno", así están unidos entre sí.

Una vez que me permita pecar, puedo ir al pie de la justicia severa y, como con los ojos ciegos, ella sostiene la balanza. Puedo decir: "Oh, justicia, recuerda, una vez fui santo, recuerda que en tal y tal ocasión guardé la Ley". "Sí", dice la Justicia, "todo lo que te debo lo tendrás. No te castigaré por lo que no has hecho. Pero, ¿te acuerdas de este crimen, oh pecador?". Y ella pone una gran carga. El pecador tiembla y grita: "¿Pero no puedes olvidar eso? ¿No lo desearás?" "No", dice la Justicia y ella pone otra carga. "Pecador, ¿recuerdas este crimen?" "Oh", dice el pecador, "¿no lo olvidarás por misericordia?" "No tendré misericordia", dice Justicia. "La misericordia tiene su propio palacio, pero no tengo nada que ver con el perdón aquí. La misericordia le pertenece a Cristo".

"Si eres salvo por la justicia, la verás cumplida. Si vienes a mí por salvación, no tendré la misericordia para ayudarme, ella no es mi vicegerente, estoy aquí sola sin ella". Y nuevamente, mientras sostiene la balanza, pone otra iniquidad, otro crimen, otra enorme transgresión. Y cada vez que el hombre ruega y ora para que se le pase eso, Justicia dice: "No, debo imponer la pena. He jurado que lo haré y lo haré. ¿Puedes encontrar un sustituto para ti? Si puedes, hay un único espacio que tengo para la compasión. Se lo exigiré a ese Sustituto, pero incluso de Sus manos tendré de la jota a la tilde. No cederé nada, soy la justicia de Dios severa e inquebrantable, no alteraré, no mitigaré la pena". Ella todavía sostiene la balanza. La súplica es en vano. "¡Nunca cambiaré!" Ella grita, "tráeme la sangre, tráeme el precio al máximo, cuento hacia atrás, o de lo contrario, pecador, morirás".

Ahora, mis amigos, les pregunto, si consideran la espiritualidad de la Ley, la perfección que requiere y su severidad inquebrantable, ¿están preparados para quitar el aguijón de la muerte en sus propias personas? ¿Pueden esperar vencer el pecado ustedes mismos? ¿Puedes confiar en que con algunas obras justas aún puedes cancelar tu culpa? Si crees que sí, ve, insensato, ¡ve! ¡Oh loco, ve! Trabaja tu propia salvación con miedo y temblor, sin el Dios que obra en ti. Ve, retuerce tu cuerda de arena, ve, construye una pirámide de aire. Ve, prepara una casa con burbujas y piensa que durará para siempre, pero debes saber que será un sueño con un despertar terrible, porque como un sueño, cuando uno despierte, despreciará tanto su imagen como su justicia. "La fuerza del pecado es la Ley".

III. Pero ahora, en último lugar, tenemos ante nosotros LA VICTORIA DE LA FE. El cristiano es el único campeón que puede herir al dragón de la muerte y, sin embargo, él no puede hacerlo él mismo, pero cuando lo haya hecho, gritará: "Gracias a Dios que nos da la victoria a través de nuestro Señor Jesucristo". Un momento y te mostraré cómo el cristiano puede ver la muerte con complacencia por los méritos de Jesucristo.

Primero, Cristo ha quitado la fuerza del pecado en este respecto: ha eliminado la Ley. No estamos bajo la esclavitud, sino bajo la gracia. La ley no es nuestro principio rector, la gracia lo es. No me malentiendas. El principio de que debo hacer algo, es decir, el principio de la Ley, "hacer o ser castigado. Hacer y ser recompensado", no es el motivo de la vida del cristiano. Su principio es la gracia. "Dios ha hecho tanto por mí, ¿qué debo hacer por él?" No estamos bajo la ley en ese sentido sino bajo la gracia.

Entonces Cristo ha eliminado la Ley en este sentido, que la ha satisfecho por completo. La ley exige una justicia perfecta. Cristo dice: "Ley, la tienes. Encuentra faltas en mí. Soy el sustituto del pecador, ¿no he guardado tus mandamientos? ¿En qué casos violé tus estatutos?" "Ven aquí, mi amado", dice y luego clama a la justicia: "¡Encuentra una falla en este hombre! He puesto Mi manto sobre él, lo he lavado en Mi sangre, lo he limpiado de su pecado. Todo el pasado se fue. En cuanto al futuro, lo he asegurado mediante la santificación. En cuanto a la pena, la he soportado Yo mismo. En un tremendo sorbo de amor, he bebido la destrucción de ese hombre hasta la última gota. He soportado lo que él debería haber sufrido". "He soportado las agonías que él debería haber soportado. Justicia, ¿no te he satisfecho? ¿No dije sobre el madero y no coincidiste con esto, '¡Está consumado! ¡Está terminado!'"

¿No he hecho una expiación tan completa que ahora no hay necesidad de que ese hombre muera y expíe su culpa? ¿No completé la justicia perfecta de este espíritu pobre, una vez condenado, pero ahora justificado?" "Sí", dice Justicia, "Estoy muy satisfecha y aún más contenta, si es posible, que si el pecador hubiera traído su propia justicia sin mancha".

¿Y ahora qué dice el cristiano después de esto? Audazmente llega a los reinos de la muerte y al entrar por las puertas allí, grita: "¡Quién acusará a los elegidos de Dios!". Y cuando lo ha dicho, el dragón deja caer su aguijón. Él desciende a la tumba. Pasa por el lugar donde los Demonios yacen con grilletes de hierro, él ve sus cadenas y mira hacia la mazmorra donde habitan, y cuando pasa por la puerta de la prisión, grita: "¡Quién acusará a los elegidos de Dios!" Ellos gruñen y muerden sus ataduras de hierro y silban en secreto, pero no pueden acusarlo. Ahora míralo subir a lo alto, se acerca al cielo de Dios, se pone frente a las puertas y la fe todavía triunfante grita: "¿Quién acusará a los elegidos de Dios?".

Y una voz viene de adentro: "No Cristo, porque ha muerto. No Dios, porque Él lo ha justificado". Recibida por Jesús, la fe entra al Cielo y nuevamente ella grita: "¿Quién, incluso aquí, entre los puros y rescatados, acusará a los elegidos de Dios?" Ahora la Ley está satisfecha, el pecado se fue. Y ahora seguramente no debemos temer el agujijón del dragón, sino que podemos decir como lo hizo Pablo, cuando se elevó a la majestad de la poesía, una poesía tan bella, que el mismo Papa tomó prestadas sus palabras, solo transponiendo las oraciones: "Oh tumba, donde está tu victoria? ¿Oh muerte, dónde está tu agujijón?".

Si fuera necesario esta noche, podría hablarte sobre la resurrección y podría decirte cuánto eso quita el agujijón de la muerte, pero me limitaré al simple hecho de que "el agujijón de la muerte es el pecado", que "la fuerza del pecado es la Ley", y que Cristo nos da la victoria quitando el agujijón y quitando la fuerza del pecado por Su perfecta obediencia.

Y ahora, señores, ¿cuántos hay aquí que tengan alguna esperanza de que por ellos murió Cristo Jesús? ¿Me estoy acercando demasiado a casa, cuando de la manera más solemne les planteo la pregunta a cada uno de ustedes, mientras estoy en la presencia de Dios esta noche, para liberar mi cabeza de su sangre? ¿Mientras me levanto y apelo con toda la seriedad de la que es capaz este corazón? ¿Estás preparado para morir? ¿Ha sido perdonado el pecado? ¿Está la ley satisfecha? ¿Puedes ver el fluir...

***"De la sangre redentora del alma de Cristo
Con la seguridad divina sabiendo
Que hizo las paces con Dios?"***

Oh, ¿puedes ahora poner una mano sobre tu corazón y la otra sobre la Biblia y decir: "La Palabra de Dios y yo estamos de acuerdo"? El testimonio del Espíritu aquí y el testigo allí son uno. He renunciado a mis pecados, he renunciado a mis malas prácticas, he aborrecido mi propia justicia, no confío en nada más que en las obras de Jesús. Simplemente dependo de Él.

***"Nada en mis manos traigo
Simplemente a Tu Cruz me aferro".***

Si es así, si mueres donde estás, la muerte repentina fue la gloria repentina. Pero, mis oyentes, ¿seré fiel con ustedes? ¿O debo creer a mi alma? ¿qué será? ¿No hay muchos aquí que, cada vez que suena la campana por la partida de un alma, bien podrían hacerse la pregunta, "¿Estoy preparado?" y deben decir, "No"?

No me convertiré en Profeta esta noche, pero si fuera correcto que lo dijera, me temo que ni la mitad de ustedes están preparados para morir. ¿Es eso cierto? Sí, deje que el orador se haga la pregunta: "¿Estoy preparado para encontrarme con mi Hacedor cara a cara?". Oh, siéntense en sus asientos y catequicen sus almas con esa solemne pregunta. Que cada uno se pregunte a sí mismo: "¿Estoy preparado, debería ser llamado a morir?". Creo que escucho a uno decir con confianza: "Sé que mi Redentor vive". "El que cree estar firme, mire que no caiga". Escucho a otro decir con acentos temblorosos.

***"Un gusano culpable, débil e indefenso,
Caigo sobre los bondadosos brazos de Cristo.
Él es mi fuerza y justicia,
Mi Jesús y mi todo"***

Sí, ¡dulces palabras! Preferiría haber escrito ese verso que el "Paraíso perdido" de Milton. Es una imagen tan incomparable de la verdadera condición del alma creyente. Pero escucho a otro decir: "No responderé una pregunta como esa. No voy a ser aburrido hoy. Puede que hoy haga un mal tiempo afuera, pero no quiero que me pongan melancólico". Joven, joven, sigue tu camino, deja que tu corazón te alegre en los días de tu juventud, pero por todo esto el Señor te llevará a juicio. ¿Qué harás, espíritu descuidado, cuando tus amigos te hayan abandonado, cuando estés solo con Dios? No te gusta estar solo, joven, ¿verdad? Una hoja que cae te asustará. Estar solo una hora traerá una sensación insufrible de melancolía.

¡Pero estarás solo y muy triste, solo con Dios tu enemigo! ¿Cómo te irá en las olas del Jordán? ¿Qué harás cuando te tome de la mano y te pida cuentas? Cuando Él diga: "¿Qué hiciste al comienzo de tus días? ¿Cómo pasaste tu vida?" Cuando te pregunte: "¿Dónde están los años de tu virilidad?" Cuando te pregunte acerca de tus sábados desperdiciados y te pregunte cómo pasaron tus últimos años. ¿Qué dirás entonces? Sin palabras, sin una respuesta estarás de pie. ¡Oh, te lo suplico, como te amas a ti mismo, ten cuidado! Incluso ahora comienza a sopesar los asuntos solemnes de la vida eterna. Oh, no digas: "¿Por qué tan serio? ¿Por qué con tanta prisa?".

Señores, si los veo acostados en su cama y su casa está en llamas, el fuego podría estar en el fondo de la casa y podrían dormir con seguridad durante los próximos cinco minutos, pero con todas mis fuerzas te sacaré de tu cama o gritaría: "¡Despierta! ¡Despierta! La llama está debajo de ti". Entonces, con algunos de ustedes que están durmiendo sobre la boca del Infierno, durmiendo sobre el pozo de perdición, ¿no puedo despertarlos? ¿No puedo apartarme un poco de las reglas clericales y hablarle como uno le habla a su prójimo a quien ama? Ah, si no te amara, no necesitaría estar aquí. Es porque deseo ganar sus almas y si es posible, ganar para mi Maestro algún honor, que así derramaría mi corazón ante ustedes.

Mientras el Señor vive, Pecador, te paras en una sola tabla sobre la boca del Infierno y esa tabla está podrida, te cuelgas del pozo con una soga solitaria y los hilos de esa soga se rompen. Eres como ese hombre de antaño, a quien Dionisio colocó en la cabecera de la mesa, ante él había un banquete delicado, pero el hombre no comió, porque directamente sobre su cabeza había una espada suspendida por un cabello. Tú también, pecador, deja que tu copa esté llena, que tus placeres sean altos, que tu alma se eleve, ¿ves la espada? La próxima vez que te sientes en el cine, mira hacia arriba y mira esa espada. La próxima vez que estés en una taberna, mira esa espada. La próxima vez que en tu negocio desprecies las reglas del Evangelio de Dios, mira esa espada.

Aunque no la veas, está ahí. Incluso ahora puedes escuchar a Dios diciéndole a Gabriel: "Gabriel, ese hombre está sentado en su asiento en el pasillo. Él está oyendo, pero como si no hubiera escuchado, desenvaina tu espada. Deja que la espada brillante corte ese cabello, deja que el arma caiga sobre él y divida su alma y su cuerpo. ¡Detente! ¡Gabriel, para! Salva al hombre por un momento, dale todavía una hora para que se arrepienta. ¡Oh, que no muera! Es cierto, él ha estado aquí estas diez o una docena de noches y ha escuchado sin una lágrima, pero detente, tal vez pueda arrepentirse todavía.

Jesús respalda mi súplica y grita: "Perdónalo un año más, hasta que excave alrededor de él y lo alimente, y aunque ahora inutiliza la tierra, aún puede dar fruto, para que no sea cortado y arrojado al fuego". Te agradezco, oh Dios, no lo mates esta noche, pero mañana puede ser su último día. Es posible que nunca veas salir el sol, aunque lo hayas visto ponerse, presta atención. Escucha la Palabra del Evangelio de Dios y parte con la bendición de Dios.

"Todo aquel que crea en el nombre del Señor Jesucristo, será salvo". "El que creyere y fuere bautizado, será salvo". "Él puede salvar perpetuamente a todos los que a él vienen". "Al que a él viene, no le echa fuera".